

Beatriz Zepeda, compiladora

Ecuador: relaciones internacionales a la luz del bicentenario



Ecuador: relaciones internacionales a la luz del bicentenario / compilado por Beatriz Zepeda.- Quito:
FLACSO, Sede Ecuador, 2009. (Colección Bicentenario)

368 p. : ilus.; fotos; mapas

ISBN : 978-9978-67-224-2

RELACIONES INTERNACIONALES ; POLÍTICA EXTERIOR ; ECUADOR ; HISTORIA

327.866 - CDD

© De la presente edición:

FLACSO, Sede Ecuador
La Pradera E7-174 y Diego de Almagro
Quito-Ecuador
Telf.: (593-2) 323 8888
Fax: (593-2) 323 7960
www.flacso.org.ec

AECID
Av. 12 de Octubre N24-593 y
Gral. Francisco Salazar
Edificio Plaza 2000, piso 10
Quito-Ecuador
Telf.: (593-2) 250 1118
www.aecid.ec

SEGIB
Secretaría General Iberoamericana
Paseo de Recoletos, 8
Madrid 28001-España
Telf.: +34 91 590 19 80
www.segib.org

ISBN: 978-9978-67-224-2
Cuidado de la edición: Cristina Mancero
Diseño de portada e interiores: Antonio Mena
Imprenta: Rispergraf
Quito, Ecuador, 2010
1ª. edición: enero de 2010

Índice

Prólogo	7
Presentación	11
Agradecimientos	13
Introducción	15
<i>Beatriz Zepeda</i>	
Separar y unir: algunas preguntas sobre la formación de las nuevas naciones andinas y sus relaciones a principios de la independencia	27
<i>Marie-Danielle Demélas</i>	
Traductores de la libertad. Filadelfia y la difusión del republicanismo en Hispanoamérica	45
<i>Rafael Rojas</i>	
Ecuador se inserta en el sistema de Estados: las relaciones internacionales de Ecuador entre 1830 y 1870	77
<i>Carlos Espinosa</i>	

Ecuador y España a través del trato del general Flores con la Familia Real española: testimonios epistolares	107
<i>Ana Gimeno Gómez</i>	
Ecuador y Colombia: afirmación autoidentitaria y conflicto en la era republicana temprana	149
<i>Tomás Uribe Mosquera</i>	
México en Quito. Influjo de los embajadores mexicanos y su receptividad en el Ecuador de los años 1925-1950	195
<i>Rafael Quintero López</i>	
El conflicto limítrofe con Perú como eje ordenador de la política exterior ecuatoriana (1942-1998)	233
<i>Francisco Carrión Mena</i>	
Estados Unidos y Ecuador durante la Segunda Guerra Mundial: conflicto y convergencia	265
<i>George M. Lauderbaugh</i>	
Las relaciones entre Ecuador y Estados Unidos durante la Guerra Fría, del fin de la década del cuarenta a inicios de los años sesenta	297
<i>Ronn Pineo</i>	
Ecuador en el mar. Materialismo, seguridad e identidad en la política exterior de un país periférico	331
<i>Guillaume Long</i>	
Sobre las autoras y los autores	365

Traductores de la libertad. Filadelfia y la difusión del republicanismo en Hispanoamérica

Rafael Rojas

La historia de los intelectuales en Hispanoamérica, región postcolonial por excelencia, no sería concebible sin una reconstrucción de los desplazamientos migratorios y políticos, de los viajes y exilios de las élites letradas¹. Desde sus orígenes, a principios del siglo XIX, el movimiento independentista del continente estuvo encabezado por intelectuales (Francisco de Miranda, Simón Bolívar, Mariano Moreno, Bernardo O'Higgins, José María Morelos), quienes, provenientes del clero, del ejército o de la jurisprudencia, defendieron la separación de la metrópoli para conformar nuevas soberanías nacionales sobre la base del gobierno representativo. La independencia, además de una guerra, era una revolución intelectual, un asunto de ideas y lenguajes políticos: era preciso abandonar el modo antiguo de pensar la comunidad para organizarla republicanamente (Palti, 2007: 245-258). Como se observa en los casos de Miranda, Bolívar y O'Higgins, el viaje, la traducción y el contacto directo con las monarquías parlamentarias de Europa, además de la lectura de clásicos de la Ilustración, fueron experiencias formativas.

En las páginas que siguen, intentaremos reconstruir un momento singular de los primeros exilios hispanoamericanos: la colonia de intelectuales y políticos, conformada en Filadelfia durante la tercera década del siglo XIX. Los años en que el mexicano Fray Servando Teresa de Mier (1765-

1 Un estudio similar, aunque en sentido inverso, sobre las representaciones del mundo hispánico en la historia intelectual de Estados Unidos se encuentra en Jaksic (2007: 15-27).

1827), el peruano Manuel Lorenzo de Vidaurre (1773-1841), el guayaquileño Vicente Rocafuerte (1783-1847) y el cubano Félix Varela (1787-1853) coinciden en Filadelfia son, también, los de la campaña del Perú, la transición del Imperio de Iturbide a la República Federal en México, la posibilidad de una invasión separatista a Cuba y Puerto Rico y la formulación de la Doctrina Monroe, en Estados Unidos (Rodríguez, 2007: 97-114). Se trata, pues, del momento en que se decide la propagación regional de la forma republicana de gobierno, exceptuando las Antillas y el Brasil, y se produce un discurso de la americanidad, hasta entonces inédito, y que a partir de 1830 será rebasado por los nacionalismos hispanoamericanos y las estrategias hegemónicas de las nuevas potencias atlánticas (Granados y Marichal, 2004: 11-38; Sepúlveda, 2005: 59-62).

El papel de aquellos intelectuales en la difusión del americanismo republicano fue decisivo. Desde Filadelfia, Rocafuerte, Mier, Vidaurre, Varela y Heredia escribieron a favor de la idea republicana y comentaron o tradujeron documentos básicos de esa tradición, tales como los textos de Thomas Paine, la Declaración de Independencia de las Trece Colonias, la Constitución de Estados Unidos, el *Manual de práctica parlamentaria* de Thomas Jefferson o los discursos de John Quincy Adams. Los folletos, libros y publicaciones, editados por aquellos intelectuales, se embarcaron rumbo a las más importantes capitales de Hispanoamérica, concitando rechazos, desatando polémicas y provocando adhesiones. De aquella pedagogía republicana, que propagó nuevas prácticas y nuevos discursos políticos en la región, emergieron las primeras estrategias de construcción del Estado nacional y los primeros intentos de constitución de una ciudadanía moderna².

La difusión continental de la forma republicana de gobierno implicaba una homologación política no absoluta sino relativa. Aunque la adopción de la misma por todos los países era un acto de ruptura con la tradición dinástica y aristocrática del absolutismo borbónico, las repúblicas asumieron diversas modalidades republicanas: federalistas o centralistas, confederales o unitarias, presidencialistas o parlamentarias, dictatoriales u

² Véase, por ejemplo, la difusión del discurso republicano-americanista en Argentina, en Myers (2002: 277-285).

oligárquicas, con mayores o menores poderes emergentes (Loveman, 1993: 32-58; Aguilar, 2001). La propagación del sistema representativo en las Américas, contrario a lo que previó Bolívar en su proyecto de confederación continental, manifestó, desde un inicio, una notable diversidad, debido a las diferentes hermenéuticas que las élites hicieron del principio ilustrado que recomendaba imaginar constituciones parecidas a sus naciones.

Desde el punto de vista constitucional, la ruptura más compleja que debieron realizar aquellos republicanos no fue con la monarquía absoluta, sino con la parlamentaria, que la mayoría de ellos admiró en sus variantes gaditana y, sobre todo, británica. La apuesta por la república, entre las élites letradas y políticas de Hispanoamérica, conllevó un proceso de discernimiento de la “vía estadounidense”, como le llamó Edmund S. Morgan, dentro de una revolución atlántica en la que el abandono del derecho divino de los reyes, el establecimiento del gobierno representativo y la invención del pueblo soberano estaban bastante generalizadas (Morgan, 2006: 251-278). Algunos republicanos hispanoamericanos (Rocafuerte, Vidaurre, Zavala, Mier y Heredia, por ejemplo), rechazaron la idea de los “dos cuerpos” del pueblo —el alto y el bajo—, que sostenía la monarquía británica (Morgan, 2006: 81-96). Otros, como Bolívar y Bello, intentaron preservarla bajo la forma republicana de gobierno.

La homologación política

En la historia intelectual y política de Hispanoamérica es discernible, como hemos dicho, un primer momento republicano, entre 1814 y 1830, que arranca con la restauración del absolutismo borbónico y el fracaso del liberalismo gaditano, y culmina con el nacimiento de las soberanías nacionales y la frustración del proyecto bolivariano. En aquellos años, la consumación de la independencia en casi todos los países de la región se dio acompañada por intentos constitucionales de inspiración republicana que convergían en cuatro principios básicos: la soberanía popular, el gobierno representativo, la electividad de la primera magistratura y los derechos ciudadanos. En la Constitución venezolana de 1819, en las de las

Provincias Unidas argentinas de 1819, 1825 y 1826, en las chilenas de 1822, 1823 y 1828, en la peruana de 1823 y en la mexicana de 1824 se establecía claramente que el tipo de régimen adoptado era republicano.

Además de una concepción republicana de los derechos y deberes de la ciudadanía, plasmada en los títulos primero, segundo y tercero del texto de Angostura, aquellas Constituciones tenían un perfil antimonárquico, el cual se manifestaba en la afirmación de que las nuevas naciones, independizadas de España, “no eran patrimonio de una familia o persona”. En el discurso de presentación de la Constitución de 1828, el vicepresidente chileno, Francisco Antonio Pinto, expresaba la naturaleza perfectible de aquel texto constitucional con un argumento típicamente republicano, que tenía como fuente *El espíritu de las leyes* de Montesquieu: “los congresos futuros darán sin duda códigos análogos a las instituciones políticas de nuestro país. Veremos entonces desaparecer esa monstruosa disparidad que se observa entre las necesidades de una República y las leyes anticuadas de una Monarquía” (Montesquieu, 1987: 7-25; Manin, 2002: 13-56).

Un componente fundamental del imaginario republicano fue la visión entusiasta de Estados Unidos, en cuanto nueva nación americana, surgida a partir de un pacto republicano y federal. La conocida frase de Lorenzo de Zavala, Manuel de Vía y Cosío y Epigmenio de la Piedra en el mensaje del Congreso General Constituyente a los “habitantes de la federación”, que sirvió de preámbulo a la Constitución federal de 1824, en el sentido de que la representación mexicana “felizmente tuvo un pueblo dócil a la voz del deber, y un modelo que imitar en la República floreciente de nuestros vecinos del Norte”, no fue una declaración aislada en el contexto hispanoamericano (Tena Ramírez, 1964: 163). Más adelante, los congresistas mexicanos incorporaban esa admiración por Estados Unidos a una clara defensa de la homologación del gobierno republicano en el continente americano, “con exclusión de todo régimen real”:

Un pacto implícito y eternamente obligatorio liga a los pueblos de la América independiente para no permitir en su seno otra forma de gobierno, cuya tendencia a propagarse es para él irresistible y para aquéllos, peligrosa. El Nuevo Mundo en sus instituciones ofrece un orden desconocido

y nuevo, como él mismo, en la historia de los sucesos grandes que alteran la marcha ordinaria de las cosas; y como la caída de los Césares afirmó en Europa el gobierno monárquico, después de las sangrientas revoluciones políticas y peligrosas que le precedieron, así en el continente de Colón debía necesariamente dominar al fin el democrático, resucitado con mejoría de las repúblicas antiguas, a fuerza de las inspiraciones vivificadoras de los genios modernos (Tena Ramírez, 1964: 165).

Esta idea monroísta fue compartida por la mayoría de los intelectuales y políticos de la primera generación hispanoamericana. En sus memorias, *Un americano libre* (1843), escritas para defenderse de los ataques de la prensa quiteña, favorable al dictador Juan José Flores, el ecuatoriano Vicente Rocafuerte narró la biografía intelectual de aquella generación en la que figuran el mexicano Fray Servando Teresa de Mier, el peruano Manuel Lorenzo de Vidaurre, el venezolano Andrés Bello y los cubanos Félix Varela y José María Heredia. Se trata, como describe Rocafuerte, de un grupo de intelectuales y políticos del primer tercio del siglo XIX hispanoamericano que sigue un itinerario similar: autonomismo criollo, liberalismo gaditano, separatismo, masonería, republicanismo; letrados que empiezan leyendo a Suárez y Vitoria, a Grocio y Filangieri, y terminan leyendo a Montesquieu y Rousseau, a Paine y los federalistas norteamericanos (Rocafuerte, 1947: 30-41).

El propio Rocafuerte, como es sabido, no solo jugó un papel decisivo en la caída de Iturbide y la transición a la república federal en México por sus fuertes vínculos con conspiradores republicanos como Miguel Santa María, Miguel Ramos Arizpe y Llave, sino por su intensa obra de difusión ideológica del republicanismo, la cual consistió, por una parte, en traducciones de la *Historia de la independencia de Norte América* del abate Raynal, del *Espíritu de las leyes* de Montesquieu, del *Contrato social* de Rousseau, de la Declaración de Independencia de 1776, de la Constitución norteamericana de 1787, de discursos de Washington, Jefferson y John Quincy Adams y, por otra parte, en la escritura de varios ensayos en defensa de esa forma de gobierno como *Ideas necesarias a todo pueblo que quiere ser libre* (1821), *Bosquejo ligerísimo de la revolución de México, desde el grito de Iguala hasta la proclamación imperial* (1822) y *El sistema colom-*

biano, popular, electivo y representativo es el que más conviene a la América independiente (1823) (Rocafuerte, 1947: 32-36).

Durante su evolución intelectual, Rocafuerte pasó por las cuatro fases principales de la formación política de aquella generación: fue liberal gaditano, monarquista parlamentario británico, republicano bolivariano y republicano federalista. Como ha documentado Jaime E. Rodríguez O., un momento fundamental de aquella evolución fue la estancia de Rocafuerte en la Habana, junto a sus amigos, el argentino José Antonio Miralla y el colombiano José Fernández de Madrid (Rodríguez, 2007: 97-141; Rodríguez, 2008: 48-54). Fue en ese puerto antillano donde Rocafuerte, quien todavía en varios artículos del periódico *El Argos* y en su famosa *Carta a un amigo americano* (1820), editada por el legendario impresor habanero José Severino Boloña, defendía la monarquía parlamentaria británica, comienza a cuestionar los límites del liberalismo gaditano. A Rocafuerte le parecía contradictorio que las cortes madrileñas del Trienio Liberal persistieran en preservar el estatuto colonial de los reinos hispanoamericanos y apoyaran la contrainsurgencia (Zúñiga, 1947, vol. X: 5-11). En una serie de artículos para *El Argos*, el intelectual guayaquileño criticó las restricciones a la libertad imprenta que imponía el liberalismo gaditano, demandó la total abolición de los diezmos y reseñó, épica y epi-camente, las noticias de la guerra de independencia en Suramérica (Zúñiga, 1947, vol. X: 51-127).

Cuba fue, para Rocafuerte, el lugar de la transición del liberalismo al republicanismo y del inicio de una correspondencia sostenida con Bolívar y destinada a propagar, desde Estados Unidos, la forma republicana de gobierno. Esa transición dejó algunas huellas discernibles en la Habana, donde los debates de Rocafuerte con Tomás Romay y Diego Tanco, de cuyo eco se hizo Félix Varela en sus *Observaciones sobre la constitución política de la monarquía española* (1821), alentaron a una generación más joven —como la de los masones de la conspiración de los Soles y Rayos de Bolívar, en 1823— a asumir el separatismo republicano y no el autonomismo liberal, como solución a la soberanía de la isla (Rodríguez, 2007: 50-52). Cuando Varela, perseguido por la restauración absolutista de Fernando VII, llegó a Nueva York en 1824, tuvo que dar la razón a su amigo Rocafuerte, quien desde 1820 comenzaba a dudar que la autonomía, bajo

la Constitución de Cádiz, pudiera resolver el dilema de la soberanía americana planteado por la guerra de independencia.

Para el Rocafuerte republicano, ya en Filadelfia, “la gran cuestión de América bajo su verdadero punto de vista” era la homologación política continental bajo la forma republicana de gobierno. La independencia hispanoamericana era, ni más ni menos, la oportunidad histórica de abandonar el “axioma del divino origen de la soberanía de los reyes” y constituir nuevos estados nacionales de acuerdo con “los principios más extensos de las teorías del liberalismo, descubiertas, explicadas y desarrolladas por Montesquieu, Mably, Filangieri, Constant, Franklin y Madison” (Rocafuerte, 1821; Rocafuerte, 1822; Rodríguez, 2007: 71-84). Esta idea de la construcción de una nueva comunidad republicana en Hispanoamérica supeditaba las identidades nacionales a la identidad americana continental y, a la vez, afirmaba a Estados Unidos como modelo ideológico e institucional de los nuevos Estados. Dicha condición modélica o paradigmática hacía de Estados Unidos una entidad histórica ambivalente: cercana y distante, propia y ajena. De ahí que Rocafuerte terminara su genealogía del liberalismo con dos republicanos norteamericanos, Franklin y Madison, y más adelante reseñara con estas palabras su exilio en Washington durante el Imperio de Iturbide:

No soy ni pretendo ser un literato, soy un simple patriota lleno de entusiasmo por la libertad, la gloria y prosperidad de América, mi patria. Por no presenciar la tiranía que va a oprimir a la deliciosa ciudad de México, he abandonado las risueñas vistas del precioso valle de Tenochtitlán por las márgenes del Potomac, en cuyas cercanías está el sagrado sepulcro del héroe de los siglos, el grande, el inmortal Washington. Venid aquí ¡oh, valientes mexicanos!, a consultar sus venerandas cenizas y a su aspecto volveréis a templar vuestras almas. Este es el oráculo verdadero de la virtud y la libertad (Rocafuerte, 1962:17).

En un texto menos conocido, *Ensayo sobre tolerancia religiosa* (1831), Rocafuerte desarrolló aún más esta visión entusiasta de Estados Unidos que compartieron los primeros republicanos de Hispanoamérica. Allí, el liberal guayaquileño establecía una distinción entre el “viejo” y el “nuevo” mundo, entre Europa y América, a partir de la contraposición de dos

historias de la libertad. En una curiosa inversión de los tópicos antiamericanos de la Ilustración y el Romanticismo europeos, Rocafuerte pensaba que la diferencia entre ambos mundos, a cada lado del Atlántico, era física y moral. Mientras la historia cultural europea había producido, desde el Renacimiento y la Reforma, la idea de que “la libertad de conciencia” conducía a la “libertad política”, en América se había producido la secuencia contraria: “hemos establecido la libertad política, la que envuelve en sus consecuencias la tolerancia religiosa, y así por diversos caminos que los europeos llegaremos al mismo resultado de civilización” (Rocafuerte, 1962: 159).

La libertad religiosa, que en México y otras nuevas repúblicas hispanoamericanas se veía, a su juicio, limitada por el legado de la Constitución de Cádiz, no era, según Rocafuerte, una consecuencia del avance del saber o de la falibilidad de la fe. Su aproximación al tema difícilmente podría asimilarse a Kant, Locke o Voltaire; provenía directamente de los republicanos y federalistas norteamericanos: “toda religión dominante es opresora”, pensaba Rocafuerte, cuando obstruye el funcionamiento de otras esferas de la civilización, como la industrial, la política o la artística (Rocafuerte, 1962: 162-168). De ahí que la libertad religiosa debiera agregarse a las libertades “política” y “mercantil” como uno de “los tres elementos de la moderna civilización, que forman la base de la columna que sostiene al Genio de la gloria nacional, bajo cuyos auspicios gozan los pueblos de paz, virtud, industria, comercio y prosperidad” (Rocafuerte, 1962: 161).

Ese “genio de la gloria nacional”, según Rocafuerte, solo se había manifestado plenamente en Estados Unidos, y las nuevas naciones hispanoamericanas debían ser fundadas a partir de la misma articulación de libertades religiosas, políticas y económicas. Casi todos los republicanos de la América hispana, que pasaron temporadas en Nueva York, Washington o Filadelfia, durante la primera década postcolonial, llegaron a ideas similares a las de Rocafuerte, aun cuando algunos de ellos, como Mier y Varela, fueran miembros del clero. La experiencia migratoria en esas ciudades de Estados Unidos, en un momento en que todavía se escuchaban los ecos de la epopeya fundadora, a fines del siglo XVIII, y de la última guerra contra Gran Bretaña, en 1812, además de las amistades políticas y los vínculos masónicos con funcionarios

norteamericanos y diplomáticos hispanoamericanos, afianzaron el republicanismo de aquellos intelectuales.

Aunque muchos de ellos vivieron la mayor parte del tiempo en Nueva York, la ciudad donde publicaron y conspiraron fue, sobre todo, Filadelfia. Este puerto, que fuera la primera capital de la nueva federación, todavía en las primeras décadas del siglo XIX era el más importante de la costa noreste de Estados Unidos. Con una población de más de sesenta mil habitantes, Filadelfia había sido el centro legislativo de la revolución de las Trece Colonias durante casi dos décadas, y la ciudad principal de Pennsylvania, el Estado con más representantes ante la Unión. Allí se habían reunido el primero (1774) y el segundo (1775) Congreso Continental, se habían debatido y firmado la Declaración de Independencia (1776), los Artículos de la Confederación (1777), la Constitución de 1787, y se había experimentado un típico proceso de ilustración, con nuevas formas de sociabilidad y una esfera pública impresa, conformada por folletos, libros, periódicos y revistas (Remer, 1996: 23-45; ver también: Weigley, 1982: 312-330). Filadelfia había sido la ciudad donde Benjamín Franklin editó la *Pennsylvania Gazette* y el *Poor Richard's Almanack*, dos de las publicaciones precursoras de la Ilustración americana, y donde a fines del siglo XVIII fue fundada la Franklin Society, una fraternidad masónica de impresores que aún existía en la década del veinte (Fohlen, 2000: 277-290; *Constitution of the Franklin Society*, 1792).

Desde 1810 se puede documentar la presencia de republicanos hispanoamericanos en Filadelfia. Entre ese año y 1814, vivió en esa ciudad, como agente oficioso de Venezuela, Manuel García de Sena, traductor de varios fragmentos de obras de Thomas Paine —*Common Sense*, *The American Crisis*, *Public Good*—, adaptados por él mismo como justificación de la independencia de la Costa Firme. García de Sena, a partir de Paine, fue uno de los impulsores intelectuales de la Constitución de los Estados Unidos de Venezuela, a la que se opusieron tenazmente Miranda y Bolívar (García de Sena, 1949: 15-17). En una carta a su hermano, de diciembre de 1810, el propio García de Sena parecía coincidir con ambos caudillos al hablar de la “decadencia natural” a que está “sujeto ese Gobierno, acaso el más bello que ha existido jamás sobre la tierra, y que se ve puede ser en el más alto grado de perfección a que es capaz de llegar el

entendimiento de los hombres” (García de Sena, 1949: 32). Sin embargo, para García de Sena, como para el resto de los exiliados hispanoamericanos que llegarían años después a Filadelfia, lo importante del mensaje de Paine no era el federalismo sino el antimonarquismo.

Máximas como “los palacios de los reyes están edificados sobre las ruinas de los emparrados del Paraíso”, “un deseo de poder absoluto es la enfermedad natural de toda monarquía”, “el orgullo de los reyes ha sumergido al género humano en la confusión”, “al mal de la monarquía se suma el de la sucesión hereditaria”, “la monarquía y la sucesión hereditaria han cubierto (no éste o aquel reino, sino) todo el mundo de sangre y cenizas”, se reprodujeron en castellano entre las élites hispanoamericanas a partir de aquellas traducciones (García de Sena, 1949: 37-54). Esas ideas fueron creando una contraposición eficaz entre monarquía y república y entre poder dinástico o hereditario y gobierno representativo que marcó el proceso ideológico de las independencias hispanoamericanas (García de Sena, 1949: 58). En las traducciones que hiciera el argentino Mariano Moreno de Filangieri y Rousseau y en las de Paine que hizo García de Sena se encuentran, tal vez, las primeras aplicaciones de la tradición republicana atlántica a la revolución en Hispanoamérica (Marichal, 1978: 30).

Libros y barcos

La tradición ilustrada de Filadelfia y la importante red naviera que tenía su puerto con otros de la costa este de Estados Unidos, de Gran Bretaña, de Europa y de Hispanoamérica, hacían de aquella ciudad una plataforma estratégica para los exiliados del Sur. Desde allí podían incidir en la opinión pública norteamericana, cabildear en Washington a favor de sus políticas, editar o traducir periódicos y panfletos y embarcarlos rumbo a Londres, Madrid, la Habana, Veracruz o Buenos Aires. Filadelfia funcionó, en el momento republicano, como un puente que comunicaba las revoluciones hispanoamericanas y su devenir constitucional con la revolución de independencia norteamericana de 1776, a pesar de que la mayoría de los intelectuales y políticos de ambas Américas enfatizaran tanto las diferencias entre ambos procesos. En Filadelfia y, en general, en toda

la zona de Pennsylvania, como se verá en el caso de H. M. Brackenridge, las tradiciones viajeras e ilustradas estaban íntimamente entrelazadas con la vida portuaria y la red letrada y comercial del Atlántico.

En su conocida *Autobiography* (1771), Benjamin Franklin había descrito el mundo agitado y promisorio de las imprentas y bibliotecas de la ciudad. Allí se cuenta la facilidad con que los letrados iluministas, en Londres o en Filadelfia, escribían panfletos con títulos como *Disertación sobre la libertad y la necesidad, el placer y el dolor o Infalibilidad del humano entendimiento*, los editaban en una imprenta familiar y los vendían en las tabernas. Franklin describe la vida cotidiana de las imprentas como una mezcla de precariedad e ilustración en la que un debate sobre si beber agua o cerveza hacía más o menos fuerte a un hombre podía derivar en toda una disputa metafísica (Fraire, 2004: 79-81). Franklin contó cómo la lectura compartida de libros, entre los círculos ilustrados de la ciudad, fue la que impulsó dos de sus principales proyectos: la creación de una biblioteca por suscripción que, en sus palabras, sería la “madre de todas las bibliotecas de Estados Unidos”, y la fundación de la legendaria *American Philosophical Society* (Fraire, 2004: 84).

En su defensa de la “promoción de conocimientos útiles en las plantaciones de América”, Franklin afirmaba que la diversidad de climas, suelos, subsuelos, vegetaciones, faunas y manufacturas entre las colonias del norte del Atlántico, de Nueva Escocia a Georgia, generaba la necesidad de constituir un centro divulgador del pensamiento que él veía ubicado en Filadelfia. La idea de este puerto como capital intelectual de Estados Unidos se había formado ya a mediados del siglo XVIII, y respondía, si se leen los textos de Franklin de aquella época, a una lógica federalizadora como la que luego veremos en el proceso político de la independencia de las Trece Colonias que culminará con la fundación de Washington como capital política federal. Franklin argumentaba que la Sociedad Americana de Filosofía debía instalarse en Filadelfia por ser ésta “la ciudad más cercana al centro de las colonias continentales, en comunicación con todas ellas hacia el Norte y hacia el Sur por correo terrestre, y con las islas por mar, y teniendo la ventaja de una buena y creciente biblioteca” (Fraire, 2004: 91). La conjunción de barcos y libros, puertos y bibliotecas era, para Franklin, la clave de la ilustración americana.

El interés inicial de Franklin, como ha recordado en su biografía Walter Isaacson (2003), estaba puesto en la historia natural: plantas, minerales, animales, geología, geografía, física, química, con el fin de mejorar la agricultura, el comercio fluvial y marítimo y las comunicaciones terrestres. Pero muy pronto, como han estudiado Louis B. Wright, Henry F. May, Henry Steele Commager, Eve Kornfeld y otros historiadores, aquella plataforma ilustrada se desplazaría de las ciencias a las humanidades, constituyendo una base epistemológica propicia para la dilatación de la esfera pública y la sociabilidad política (Wright, 1957: 126-153; May, 1976: 3-104; Commager, 1977: 109-175; Kornfeld, 2001: 110-148). En su análisis de la Ilustración americana, May (1976) destaca ese momento en que, alentados por Benjamin Rush, la Iglesia presbiteriana de Filadelfia se renueva con lecturas de Newton, Linneo, Rousseau o Condorcet y la creación de la antes mencionada Sociedad Americana de Filosofía. Bajo la influencia de algunos jacobinos franceses que emigraron a Estados Unidos, como Constantin de Volney, C. M. Talleyrand-Périgord y Moreau de St. Méry, esta asociación y sus miembros más conocidos a fines del siglo XVIII (David Rittenhouse, Thomas Jefferson, Charles Wilson Peale, Robert Morris) transitaron, según May, de una “Ilustración moderada” a otra “escéptica” y “revolucionaria” (May, 1976: 105-196). La prédica de algunos refugiados británicos, como Matthew Carey, Alexander Wilson y Thomas Cooper, además del más conocido Thomas Paine, también fue importante para la difusión de un radicalismo americano en Filadelfia que sobrevivió a la independencia de Estados Unidos (May, 1976: 223-251).

El proceso de construcción del modelo republicano federal en Estados Unidos, en las tres primeras décadas del siglo XIX, incluyó una pedagogía cívica y una invención política del “yo nacional”, que tuvo a Filadelfia como el centro editorial más importante (Hoffer, 1983: 102-130). La “síntesis republicana”, producida por John Adams y otros fundadores de aquel Estado, que ha analizado Joyce Appleby, difícilmente habría constituido una herencia intelectual tan gravitante sin los impresos editados en esa ciudad y las redes comerciales del libro que ese puerto tejió a través del Atlántico (Appleby, 1992: 188-209). En una historia de Filadelfia, publicada a fines de la década del treinta, se describía la ciudad como una dinámica conjunción de imprentas, muelles y barcos que conectaban la

reacción intelectual norteamericana con Europa y América Latina (Bowen, 1839). Daniel Bowen, el autor de aquella historia, relacionaba el esplendor de la imprenta en la época *jacksoniana* con la tradición tipográfica que provenía de los tiempos de Benjamín Franklin, William Blackstone, Alexander Campbell y Matthew Carey (Bowen, 1839: 124-125, 133-135).

El impulso que experimentó la imprenta en Filadelfia desde el siglo XVIII se tradujo en una mayor sociabilidad por parte de los propios impresores. En 1810, el desarrollo de la esfera pública propició la fundación de una *Philadelphia Typographical Society*, en la que los editores de periódicos, folletos y libros atraían a inversionistas y comerciantes que pudieran beneficiarse con la renovación tecnológica de las imprentas (Bowen, 1839: 126). De acuerdo con la documentación de aquella sociedad, Bowen logró identificar algunos de los principales establecimientos de publicación y venta de libros de la ciudad, como Carey, Lea & Blanchard, Collins & Brothers, Kay & Brothers, Grigg & Elliot, Desilver & Co., Henry Perkins o Thomas & Co. Cada una de estas imprentas poseía su propia tienda de libros, folletos y periódicos, donde no solo el público sino algunos comerciantes de impresos compraban y luego vendían en la misma ciudad o embarcaban rumbo al Atlántico o el río Delaware (Bowen, 1839: 127). Según Bowen, en la tercera década del siglo XIX circulaban en Filadelfia 16 periódicos, 21 revistas, 17 semanarios y varios cientos de libros (Bowen, 1839: 127-129).

Al igual que en Boston, Nueva York, Nueva Orleans y otras ciudades-puertos de Estados Unidos, las imprentas y tiendas de libros estaban ubicadas en calles estratégicamente bien conectadas con los muelles de donde zarpaban los *steamboats* (buques de vapor): al frente de Market Street o en las calles Wharf, Chestnut, Walnut, Spruce y Cedar (Bowen, 1839: 137). La comunicación de los embarcaderos con las vías marítimas o fluviales del Atlántico y el río Delaware aseguraba una red de tráfico interamericano del libro que se favoreció del crecimiento comercial de Filadelfia entre la segunda mitad del siglo XVIII y la primera del siglo XIX. La construcción de barcos en el aserradero de la ciudad y el incremento de la actividad mercantil, referida en la documentación de la Cámara de Comercio y de la Philadelphia Navy Yard, destacada por otro historiador del siglo XIX, John Thomas Scharf, crearon condiciones ideales para la elección de

Filadelfia como plataforma de difusión de las ideas republicanas y federales de la revolución estadounidense (Bowen, 1839: 143-145, 149; Scharf, 1884). Los primeros republicanos de Hispanoamérica fueron conscientes de esa localización estratégica de la ciudad en el mercado intelectual atlántico. Antes de fugarse del Morro de la Habana y pensando en las ventajas de Filadelfia como centro de reunión de los hispanoamericanos partidarios de la forma republicana de gobierno, el padre Mier escribió:

Téngase entendido que aunque Nueva Orleans es uno de los grandes puertos de Estados Unidos, hay treinta días de navegación (doce por el estibote o buque de vapor) a los Estados del Norte, donde está la población principal, el gobierno y el poder. El Congreso se reúne de noviembre a marzo cada año en Washington, y allí está siempre el presidente con los ministros. El banco nacional está cerca de Filadelfia, como también están muy cerca Baltimore y Nueva York (Mier, 1985a: 225).

Mier pensaba desde entonces que Filadelfia era la ciudad ideal para la instalación de un “ministro plenipotenciario” de la “república independiente de Anáhuac” que recaudara dinero para la causa y para “tratarse con alguna decencia, ser respetado y hacer viajes” (Mier, 1985a: 225). La ubicación del banco en esa ciudad era una de las principales motivaciones de su elección, ya que Mier, por la experiencia de las dificultades y el fracaso de la expedición de Francisco Xavier Mina, pensaba que el dinero era el “nervio” de la guerra y fantaseaba con la idea de que Estados Unidos donara doce millones a la independencia de México: “sobre un giro de doce millones está libre el Anáhuac sin remedio” (Mier, 1985a: 225). Apenas unos años después, de paso por Filadelfia, su compatriota, Lorenzo de Zavala, encontraba ventajas similares en ese puerto:

Esta gran ciudad, fundada por William Penn, habitada al principio por unas cuantas familias cuáqueras, hoy presenta el aspecto de una de las ilustres metrópolis de Europa, con mejor belleza y mucho mayores esperanzas de prosperidad. Desde cuatro leguas se descubren en el río sus torres, sus altos edificios, sus observatorios, y el humo que se eleva en una columna colosal hacia el cielo (Zavala, 1963: 127).

Filadelfia fascinaba a Zavala por sus teatros y museos y, sobre todo, por sus bancos y sus navíos: allí está la casa matriz de la banca norteamericana, creada en 1816, y allí se había construido el “portentoso *Pennsylvania*, el mayor buque construido hasta hoy [...], ciento cincuenta cañones y mil cuatrocientos hombres. Su ancla mayor pesa diez mil ciento setenta y una libras. El largo del navío es de doscientos veinte pies y cincuenta y ocho de ancho. Tiene cinco puentes” (Zavala, 1963: 129). De Estados Unidos, como potencia naval, también escribió desde Filadelfia el peruano Manuel Lorenzo de Vidaurre, admirador del tratado sobre la “mar libre” de Grocio. Vidaurre, uno de los pocos hispanoamericanos de su época versado en la obra republicana de Maquiavelo, tanto en *El Príncipe* como en los comentarios a las *Décadas de Tito Livio*, anotó con pasión:

Viajero pensador, no busques ejemplos en Maquiavelo, ven a presenciarnos en los Estados Unidos de América. Aquí el ardiente patriotismo tiene las arcas de estos hombres libres, siempre abiertas para cuanto mira al engrandecimiento de su patria. Ve en Nueva York un canal superior al de Languedoc, ve otros muchos: cuando llegues ya estará construido el de Filadelfia. No hay estancos pero hay riquezas, porque hay libertad (Vidaurre, 1972, t. I: 114).

Para Vidaurre, la visión entusiasta de la ciudad estaba ligada a los libros –allí leyó a Maquiavelo y a Adam Smith– y también a los bancos y los barcos:

Cuando en los Estados Unidos de América lograron su independencia, no había en ellos un solo buque de tres palos. En el día suben a miles los mercantiles y a setenta los de guerra. Es decir, un estado marítimo era aún más triste que aquel en que se hallan nuestras minas. Como en la América del Norte el verdadero patriotismo dio ser y vida a ese tráfico, en que fundaba su esperanza y su grandeza; del mismo modo nosotros debemos velar en el adelantamiento y perfección de nuestras minas; sacando del seno de la tierra ejércitos y armadas, población y abundancia, poder y fuerza. Los bancos, dice el gran Adam Smith, no aumentan los capitales, sino animan los que las naciones tienen en sí, y se hallan muertos e inertes. Pa rece que esta cláusula se dictó para nosotros. Nuestros capitales

permanecen, pero es preciso que un semidios los saque del sepulcro. Este genio será el primer fundador del Banco (Vidaurre, 1972, t. I: 127).

La experiencia del exilio en Filadelfia dejó una huella profunda en la memoria de aquellos republicanos. A fines de 1823, el padre Mier, inmerso en sus batallas parlamentarias contra el federalismo radical durante el segundo Congreso Constituyente, defendía la organización de la Ciudad de México como capital federal con el argumento de que a diferencia de Washington, la ciudad mexicana permitía una vida pública intensa que no tenía lugar en el distrito norteamericano. Entonces, Mier seguía pensando que la “ciudad principal” de Estados Unidos era Filadelfia, lo cual explicaba que en cuanto concluían los trabajos legislativos, las legaciones extranjeras y muchos representantes y senadores se trasladaran de Washington a esa ciudad para continuar sus trabajos desde allí (Mier, 1985b: 324).

Republicanos en Filadelfia

En las citadas memorias, *Un americano libre* (1843), Roca fuerte contó la llegada de los republicanos de su generación a Filadelfia. Hasta 1822, su biografía era muy parecida a la de Mier, Varela y Vidaurre: juntista en 1808, diputado ante las Cortes de Cádiz por la provincia de Guayaquil, peregrinación por Europa tras la restauración del absolutismo en España, iniciación en la masonería, exilio bolivariano en Filadelfia y Nueva York (Roca fuerte, 1947: 19-31). Pero la instalación en aquellas ciudades norteamericanas había sido fraguada en la Habana, un año antes, donde coincidieron, por lo menos, tres de ellos, Mier, Varela y Heredia, y donde, a través del poeta argentino José Antonio Miralla y el político colombiano José Fernández Madrid, se habían relacionado con una sociedad secreta que conspiraba a favor de Bolívar y la independencia hispanoamericana (Domínguez Michael, 2004: 593-596). Como ha escrito Christopher Domínguez Michael, durante los años veinte “el corredor Habana-Filadelfia sustituyó al eje Londres-Cádiz” en aquellas redes de conspiración intelectual, política y masónica (Domínguez Michael, 2004: 594). Hasta

el peruano Vidaurre tuvo su experiencia cubana, ya que entre 1821 y 1822 vivió en Puerto Príncipe, Camagüey, donde se desempeñó como oidor de la Audiencia (Pérez Bonany, 1964: 20-40).

La figura central de la colonia hispanoamericana en Filadelfia, entre 1821 y 1822, era Manuel Torres, ministro y *purchasing agent* de la Gran Colombia en Estados Unidos, quien residía en aquella ciudad desde fines del siglo XVIII. Torres no solo tenía contactos diplomáticos regulares con Monroe y Adams, sino que había hecho amistad con importantes personalidades de aquella ciudad, como el banquero Nicholas Biddle, el magnate naviero Stephen Gerard, el comerciante Richard Meade y el editor de *The Aurora*, el principal periódico de Filadelfia (Domínguez Michael, 2004: 596-598; Rodríguez, 2007: 17-18; Bowman, 1968). Torres, como es sabido, alojó y ayudó a Roca fuerte y a Mier y los introdujo en círculos masónicos, políticos y periodísticos de la ciudad. Las cartas entre Torres y Mier, recogidas por Yael Bitrán Goren, dan una buena idea de la relación de aquellos intelectuales con los impresores de Filadelfia y de la prioridad que Torres concedía a la edición y el embarque de libros y folletos hacia Hispanoamérica (Bitrán Goren, 1992: 267-287). A la muerte de Torres, en 1822, Roca fuerte heredó aquella red y la puso a disposición de otros hispanoamericanos que llegarían a Filadelfia a fines de ese año y en 1823, como el peruano Manuel Lorenzo de Vidaurre y los cubanos Félix Varela y José María Heredia.

Torres se había familiarizado con la comunidad de impresores de Filadelfia desde antes de la generalización de la guerra separatista en Hispanoamérica. En 1811, la imprenta Palmer había dado a conocer, en inglés y castellano, un método de enseñanza del español, adaptado del lingüista y educador francés Nicolas Gouin Dufief (Torres, 1811a; 1811b). Al final de aquel manual de gramática, Torres insertaba una serie de lecturas en las que era perceptible su intención de difundir entre los lectores hispanohablantes de Estados Unidos la idea de una autonomía cultural hispanoamericana por medio de “extractos” de lo que llamaba “prosa y versos elegantes”. De diversos cronistas de Indias, tomaba descripciones de la Ciudad de México, de la grandeza del imperio azteca, el reconocimiento del volcán Popocatepetl por Diego de Ordaz, la carta de relación de Hernán Cortés sobre la fundación del primer ayuntamiento de Veracruz,

el “razonamiento” de Xicontécatl contra los españoles, el de Moctezuma ante Cortés y la respuesta de éste al emperador mexica (Torres, 1811a: 475-490).

Ya cuando la guerra separatista estaba más avanzada y Torres había entrado en contacto con Bolívar, dio a conocer en la misma editorial Palmer, de Filadelfia, un influyente manifiesto sobre la importancia del comercio entre Estados Unidos e Hispanoamérica. Aunque adoptaba la forma de un tratado descriptivo sobre las monedas, los pesos y las unidades de medida que utilizaban los reinos hispanoamericanos en su comercio exterior, el texto incluía una valoración crítica del estado político, el gobierno, el suelo, el clima y la producción de aquellas colonias (Torres, 1816: 2-5 y 7-21). Torres ofrecía datos actualizados sobre las exportaciones anuales de Nueva España, Yucatán, Guatemala, Nueva Granada, Venezuela, Perú, Buenos Aires, Chile, Cuba, Santo Domingo y Puerto Rico, agrupando estos reinos y capitanías generales en seis áreas comerciales: Mesoamérica, Centroamérica, Caribe, los Andes, Suramérica Norte y Suramérica Sur (Torres, 1816: 33-36). El argumento central de su exposición era que Gran Bretaña y Francia obtenían mayores ventajas comparativas del comercio con Hispanoamérica que Estados Unidos, y que si este último aplicaba una estrategia aduanal que ofreciera incentivos a los exportadores de la región, desplazaría a aquellas potencias como principal socio comercial de sus vecinos (Torres, 1816: 64-99, 111-119).

Además de Palmer, otro de los impresores de Filadelfia que, a instancias de Torres y Rocafuerte, respaldó a los hispanoamericanos, fue Jean François Hurtel, conocido como John F. Hurtel o Juan Francisco Hurtel, descendiente de una familia de colonos de Alabama, quien editaba traducciones de libros franceses y españoles en Filadelfia desde la segunda década del siglo XIX. En 1817, por ejemplo, Hurtel publicó el popular manual de la época del imperio napoleónico, *Art of Dancing, Rules of Deportment and Descriptions of Manners of Civility* de J. H. Gourdeaux, y comenzó a interesarse en la cuestión hispanoamericana con tres impresos: *El triunfo de la libertad sobre el despotismo. Réplica de los hebreos después del cautiverio de Babilonia* y la *Homilía del Cardenal Chiaramonti* del caraqueño Juan Germán Roscio, y *Reply to the Author of the Letter on South America and Mexico*, un folleto dirigido al presidente Monroe y

atribuido al propio Manuel Torres (Roscio, 1996: 264-271; Henry, 2006: 1-8).

Junto a la reedición de la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* de Las Casas, preparada por Mier, Hurtel publicó tres textos básicos del primer republicanismo hispanoamericano: la *Memoria político-instructiva* (1822) de Mier, las *Cartas americanas, políticas y morales* (1823), y el *Plan del Perú* (1823) de Vidaurre (Mier, 1821; Vidaurre, 1823a, 1823b). La plataforma doctrinal de estas obras, como es sabido, era la misma que la de Rocafuerte en *Ideas necesarias* (1821) —a la que el ecuatoriano había agregado, como apéndices, traducciones de Paine del discurso de Adams el 4 de julio de 1821, de la Declaración de Independencia, de los Artículos de la Confederación y de la Constitución de 1787— y coincidía también con la estrategia bolivariana y monroísta: la defensa de la forma republicana de gobierno para Hispanoamérica. Vidaurre, más explícito que Rocafuerte y Mier en cuanto a sus lecturas filosóficas, dejaba ver su entusiasmo por textos clásicos de la independencia norteamericana, como *Common Sense* (1776) y *Rights of Man* (1791) de Thomas Paine, y por la reciente crítica a la monarquía católica española lanzada por José Blanco White en sus *Letters from Spain* (1822 / 1972).

Vidaurre, quien al igual que Va rela todavía era fernandista en 1821, radicalizó su republicanismo durante la breve estancia en Filadelfia, la misma que coincidió con el fin del “trienio liberal” y el avance de la gesta separatista (Peralta Ruiz, 2007: 1-23). Esto es notable en la factura del texto del *Plan de Perú*, que había sido escrito inicialmente en 1810, en España, cuando era diputado a las Cortes de Cádiz, y titulado *Plan de las Américas*. En la versión original de aquel escrito, el peruano se apoyaba en la tradición ilustrada del monarquismo representativo (Montesquieu, Beccaria y Filangieri, sobre todo) para defender el autogobierno de los Reinos de Ultramar y para identificar el absolutismo con una forma despótica de gobierno. Sin embargo, ya en la edición de 1823 y, sobre todo, en *Las cartas americanas*, sin abandonar aquellas referencias ilustradas, incorpora el enfoque republicano, citando Maquiavelo, Bentham y Paine, y proponiendo, incluso, una abolición del fuero eclesiástico, muy a tono con la “denuncia de la cruel tiranía de las leyes clericales” que sostenía Blanco White (Vidaurre, 1972, t. II: 88-94; Blanco White, 1822 / 1972: 88-94).

La edición del *Plan del Perú* de Filadelfia, en 1823, no dejaba dudas sobre el giro republicano que daba el intelectual peruano: el libro aparecía dedicado a Bolívar y en el mismo se insertaba, además de su “renuncia” como funcionario de la audiencia de Puerto Príncipe, una exposición de “los motivos políticos que obligan a la isla de Cuba a declarar inmediatamente su independencia” (Vidaurre, 1972: 197-225). La rápida radicalización republicana de Viduarre, así como la de Rocafuerte, Mier y Varela, debe entenderse, como ha señalado Roberto Breña (2006), no solo como un efecto de la restauración absolutista en España, del triunfo militar de la causa independentista o del respaldo de Estados Unidos a la misma, sino, también, como consecuencia de la traducibilidad doctrinaria y constitucional que aquellos letrados establecieron entre sus lecturas ilustradas y sus lecturas republicanas. El liberalismo antiabsolutista era una plataforma giratoria, que lo mismo podía desembocar en la abierta defensa de la república que en lo que Vidaurre llamaba un “acomodo de ideas republicanas a una monarquía moderada” (Peralta Ruiz, 2006: 456-490; Breña, 2006: 456-490).

Otro de los impresores de Filadelfia que se interesó en el tema hispanoamericano fue el católico irlandés William Stavelly, dueño, primero, de la editorial Stavelly & Bringham y luego, de Stavelly & Co. Durante décadas, Stavelly publicó, en su imprenta del número setenta de Third Street, múltiples libros católicos, como los “reportes pastorales” de la Iglesia de la Epifanía, y varios textos de historia natural (Stavelly, 1840-1857). Cuando el padre Félix Varela llega a Estados Unidos, en diciembre de 1823, entra muy pronto en contacto con Stavelly, probablemente no por la vía de Rocafuerte, sino por la de sus contactos con la comunidad católica de Nueva York y el respaldo del obispo de la Habana, Juan José Díaz de Espada y Landa, y del recién nombrado obispo de Nueva York, el francés Jean Dubois, quien intentaba relacionarse con la cada vez más creciente colonia irlandesa (Espada, 1990: 122-143; Estévez, 1998: 55-64). Al año siguiente, residiendo ya en Filadelfia, Varela publica en la editorial de Stavelly la segunda edición de sus *Lecciones de filosofía* (1824), en las que defendía una idea del “entendimiento humano” a partir de Locke y Condillac, y los tres primeros números de *El Habanero*, una revista política, científica y literaria, redactada íntegramente por el sacerdote cubano (Varela, 199, t. I: 177-246; Varela y Morales, 1997: ix-xxxiv).

Así como Vidaurre en sus *Cartas americanas* había seguido el modelo de las *Letters from Spain*, inspiradas, a su vez, en las *Cartas persas* de Montesquieu, Varela aprovecharía la experiencia de *El Español*, la revista editada por Blanco White en Londres, para la concepción de *El Habanero*. A pesar de lo que anunciaba el prospecto de la revista, el contenido de la misma apenas estuvo dedicado a la ciencia y a la literatura. En el primer número aparecieron breves artículos sobre la “temperatura del agua del mar a considerables profundidades”, la “acción del magnetismo en el titanio”, la “propagación del sonido” y sobre los experimentos del “profesor Silliman en el Chrysoforo de Wollaston”, unas pruebas de globos aerostáticos bajo la nieve. A partir del número siguiente, la sección de “ciencia y literatura” prácticamente desapareció—solo en el tercer número se publicó una viñeta firmada por Mr. J. Newman, dando la noticia de “una máquina inventada para medir con la corredera lo que anda un buque”— y la publicación se concentró en los temas de Cuba, la consumación de las independencias en Hispanoamérica y la posibilidad sobre el auxilio de México y Colombia a la descolonización de las islas caribeñas.

La posición de *El Habanero* sobre este último tema, a diferencia de lo que la tradición nacionalista de la historiografía cubana ha establecido, fue flexible. Luego del resuelto apoyo a una separación republicana de España, que dejaba atrás visiones fernandistas y autonomistas—en diciembre de 1818, Varela había leído un elogio de Fernando VII en la Sociedad Patriótica de la Habana y todavía, en febrero de 1823, había presentado un proyecto de gobierno autonómico para las Provincias de Ultramar, en las Cortes de Madrid—, el sacerdote y filósofo cubano se opuso a una invasión de México y Colombia a favor de la independencia antillana (Varela, 1977: 247-258, 277-281). En los primeros números de *El Habanero*, Varela argumentó que una “revolución interviniendo una fuerza extranjera” sería “funestísima” porque la “nación invasora” demandaría una “recompensa más allá de los límites de la obligación” y se manifestaba “contra la unión de Cuba a ningún gobierno”, ya que “deseaba verla tan isla en política como lo es en la naturaleza” (Varela, 1997: 91-95). Sin embargo, en los números quinto y sexto de aquella publicación, Varela parecía aceptar esa solución por considerarla mayoritaria: “¿es necesario, para un cambio político en la isla de Cuba, esperar las tropas de Colombia o

México? En mi opinión no, en la de muchos sí; y como en casos semejantes conviene operar con la opinión más generalizada, si ésta lo fuese, yo contra la mía me conformo a ella” (Varela, 1997: 168).

El dilema de Varela terminó a principios de 1826, cuando el gobierno de John Quincy Adams –vísperas del Congreso de Panamá, donde Bolívar pensaba tratar el asunto– estableció una posición contraria al auxilio de la independencia de Cuba y Puerto Rico. En el último número de *El Habanero*, Varela reprodujo un discurso del presidente Adams –con el cual concordaba–, en el que se argüía el peligro de que la invasión provocara que las islas cayeran en manos de otra potencia europea que no fuera España (Varela, 1997: 224). En el momento en que Varela concluyó su publicación, *El Habanero* se había convertido en una lectura de referencia entre los separatistas cubanos. Varios alcaldes, regidores y síndicos de Puerto Príncipe impugnaron la revista desde la isla y el cónsul español en Filadelfia, Hilario de Rivas Salmón, y el ministro de España en Washington, Francisco Tacón, redactaron informes contra el sacerdote, los mismos que fueron enviados a Madrid y a Roma (Varela, 1997: 282-288). En la primavera de 1825, Fernando VII emitió un decreto para “impedir la introducción en la península e islas adyacentes del indicado folleto, que no contento con excitar a los fieles vasallos de S. M. a la rebelión, lleva la osadía al punto de querer vulnerar el sagrado carácter de su legítimo Soberano” (Varela, 1997: 178).

Los últimos números de *El Habanero* aparecieron cuando Varela se había trasladado de Filadelfia a Nueva York. Sin embargo, el sacerdote cubano mantuvo por algún tiempo más la colaboración con Staveland, ya que la novela histórica *Jicoténcatl*, la primera del género en Hispanoamérica, fue editada, a instancias de Varela, en esa imprenta en 1826. La novela, cuya autoría ha sido atribuida al propio Varela y, sobre todo, al poeta cubano José María Heredia, quien también se había exiliado por su implicación en la conjura masónica “Soles y Rayos de Bolívar”, narra la historia del héroe de Tlaxcala, que decide abandonar la alianza con los conquistadores y unirse a la resistencia que encabeza Cuitláhuac, pero es descubierto por Cortés y ahorcado en Texcoco (González Acosta, 1997: 119-196). El texto, por su épica anticolonial, se inscribió cómodamente en ese corpus bibliográfico republicano, conformado en Filadelfia y difundido en las nuevas capitales hispanoamericanas.

Las redes afectivas y políticas de Rocafuerte y Varela son perceptibles en la articulación de aquel centro difusor de ideas republicanas. El joven Heredia, autor de la *Oda al Niágara* y el *Himno del desterrado*, amigo de ambos, pasó todo 1824 y la primera mitad de 1825 en Nueva York y realizó, por lo menos, una visita a Varela en Filadelfia en abril de 1824. En sus cartas familiares, Heredia contó el viaje de Nueva York a Filadelfia a través del río Delaware, admirado siempre por el orden y la tranquilidad de los pueblos de la costa este. Como muchos europeos e hispanoamericanos de su generación, Heredia celebraba la prosperidad material y la paz social de Estados Unidos, sin dejar de establecer persistentes contrastes con Gran Bretaña, España, y, sobre todo, Francia, que era el modelo de civilización que había aprendido a admirar en sus lecturas de Chateaubriand. El orden norteamericano, según el joven romántico del Caribe, era envidiable pero monótono:

Filadelfia es la primera ciudad de Estados Unidos. Su población excede de 100 000 almas y aún dicen que de 130 000. Es bellísima, y debe serlo aún más cuando los árboles que adornan sus calles y plazas estén en completo estado de vegetación. Sin embargo, aquella misma regularidad de sus casas y casi completa igualdad de sus edificios causan no sé qué fatiga al que los contempla; y como que me abrumaba el cúmulo de esfuerzos reiterados e iguales que debió costar a los hombres la erección de aquellas filas de casas tan uniformes e inmensas. Di, si quieres, que soy un majadero; pero esto es lo cierto, y por lo mismo me agrada más la brillante irregularidad de New York. Cuando desde el depósito que domina la ciudad, eché la vista sobre ella, no sabía qué le faltaba; hasta que observé que solo sobresalían dos torres de iglesias en aquella masa inmensa de habitaciones de hombres. Estas mismas torres, vistas al venir desde el río, en un día nebuloso, parecen dos fantasmas suspendidos en los aires sobre la ciudad, a causa de su aislamiento y elevación (Heredia, 1939: 104-105).

Al igual que Rocafuerte y Mier, Heredia valoró las ventajas de Filadelfia como puerto y como importante sede financiera del norte de Estados Unidos para la empresa difusora del republicanismo en Hispanoamérica. Entre todos los edificios públicos de la ciudad que los ojos del poeta registran maravillados –el Salón Masónico, el Museo, la Prisión, las iglesias de

diversas confesiones, la Casa de Moneda, la Biblioteca, la Casa del Estado, el Hospital de los Cuáqueros— el que más lo impresiona es el Banco de Estados Unidos. Su establecimiento en Filadelfia hace de ese puerto, según Heredia, no solo la capital ilustrada de la América republicana, por la cantidad de periódicos e imprentas que en ella existen, sino el centro financiero del Nuevo Mundo:

El banco de los Estados Unidos es todo de mármol blanco, y del gusto griego más sencillo y puro. Consta de un solo piso: está aislado entre una gran baranda de hierro, y presenta a Chesnut Street y a la calle paralela dos fachadas iguales de la más sublime belleza. Consisten en un pórtico de ocho soberbias columnas, y que se sube por diez a ocho escalones de mármol blanco también, cada salón tiene solo una puerta, y señalado el lugar de otras dos, y tres ventanas con tablonces soberbios de mármol. El edificio recibe su luz por las ventanas de los costados. Sin duda es el más bello que he visto sobre la tierra; y me gozo de pasearme debajo de su pórtico, donde siempre reina una deliciosa frescura. Creo que esta fábrica se tomó por modelo el Partenón de Atenas; pero dudo que éste, aun en tiempo de su mayor lustre, igualase en sencilla elegancia y belleza al edificio americano (Heredia, 1939: 102-103).

La fascinación de Heredia con la “pureza y la transparencia del mármol” lo conduce a una divagación estética sobre Estados Unidos como reedificación de las repúblicas clásicas de Grecia y Roma. El banco de Filadelfia le interesa a Heredia como institución financiera y, a la vez, como obra arquitectónica neoclásica que “presenta a la vista atónita el esfuerzo vendedor del espíritu humano” (Heredia, 1939: 103). La breve estancia del poeta en Filadelfia produce un tipo de reflexión filosófica, frecuente en el viajero romántico, que remite con frecuencia a evocaciones de la creación divina o del hombre como demiurgo de la modernidad. Ese tipo de pensamiento se percibe, también, en su apasionante descripción del esqueleto del gigantesco mamut que pudo ver en el Museo de Historia Natural de la ciudad. A partir de una fábula de los indios norteamericanos, Heredia asocia la desaparición de esas gigantesas criaturas, que alguna vez dominaron la tierra, con las profecías apocalípticas que anunciaban la destrucción del hombre por una “revolución de la naturaleza”:

Después de siglos y siglos han aparecido esos huesos, para indicárnoslo, como el desnudo mástil de un navío que, arrastrado a las playas por las ondas, anuncia vagamente un ignorado naufragio. Y nosotros, nosotros también, sufriremos igual suerte el día que se abra una página de cólera en el libro eterno de los destinos, y los seres que nos sucedan buscarán tal vez noticias nuestras tan vanamente como queremos nosotros penetrar en las tinieblas insondables que nos separan de la época en que existió sobre la tierra ese gigantesco cadáver (Heredia, 1939: 104).

De regreso a Nueva York, en la confluencia de Crosswicks Creek, Heredia divisó Bordentown, el lugar donde José Bonaparte había levantado su mansión en Point Breeze y donde viviría hasta 1832. La visión de Heredia sobre el depuesto rey de España estaba muy lejos ya de aquel odio a Pepe Botella, el usurpador de 1808. Como otros republicanos de Filadelfia, Heredia sabía que Bonaparte era aceptado en los círculos masónicos de Estados Unidos, que era amigo personal de Henry Clay, Daniel Webster y el presidente Adams, que recibía visitas del general Lafayette y que, en 1817, había rechazado el ofrecimiento del trono de México que le hizo Francisco Javier Mina antes de embarcarse, fatídicamente, en Galveston rumbo a las costas de Tamaulipas (Heredia, 1939: 105-107; Connelley, 1968: 70-87; Levasseur, 1829: 137-139). Heredia, que se detuvo en Bordentown sólo para ver la mansión, contaba en sus cartas que cuando el coche pasó cerca de la misma logró ver a José recibiendo a una muchacha que había viajado en su mismo vapor desde Filadelfia. El espectáculo de aquel encuentro le pareció a Heredia de una “sencillez patriarcal y admirable: la mujer que excitaba las atenciones de un monarca había hecho el viaje sola, en medio de cuarenta hombres, demasiado protegida por la fuerza sublime de las costumbres y la salvaguardia de las leyes” (Heredia, 1939: 105). Sin embargo, la memoria política de Heredia se rebelaba contra aquella nueva imagen de José, como si buscara un pretexto para afirmar, nuevamente, su republicanismo:

El palacio de José no está restaurado aún, después que un incendio consumió el que había edificado. Es digno notar que, cuando esto sucedió, todos los habitantes de Bordentown corrieron a auxiliarle, aunque fue en medio de la noche. José publicó en los periódicos una carta, en que daba

gracias más bien con el tono de un monarca que con el de un conciudadano. Decía que jamás había dudado que los habitantes de Bordentown sabrían agradecerle que hubiese fijado entre ellos su habitación. Los orgullosos americanos lo tomaron a mal; y no faltó quien se lo dijera, añadiéndole que la seriedad de semblante con que recibieron la noche del incendio sus favorecidos sonrisas debía haberle demostrado el ningún caso que de ellas hacían, y que solo habían venido en su socorro por un sentimiento común de beneficencia y humanidad. ¡Justo castigo al indiscreto orgullo del conde de Survilliers! (Heredia, 1939: 106).

La visita a Point Breeze, en Bordentown, hizo pensar a Heredia en la atiborrada memoria de José Bonaparte:

¡Oh, vicisitud de las cosas humanas! ¡Cómo debe meditar en ella el habitador de aquel palacio, cuando desde sus ventanas tienda la vista por la inmensa perspectiva que le ofrecen los márgenes del Delaware! ¡Nápoles! ¡Madrid! ¡Filadelfia! ¡Cómo, mirando correr aquel soberbio río, a sus pies, repasaré las varias situaciones de su azarosa vida! ¿Bendecirá al cielo, tal vez, porque después de tantas borrascas le ha traído a vivir en paz, en medio de esta gente tan fiera y generosa? Sospecho que no; porque el suceso que antes he referido y el hacerse llamar aún “rey” por su servidumbre, hace ver que no tiene en su alma el temple necesario para gozar de su venturoso estado presente, cuando todavía quiere figurarse cercado de la usurpada brillantez que le dio en un tiempo la Corona (Heredia, 1939: 106).

Desde Nueva York, Varela y Heredia continuaron aquella labor de promoción del republicanismo hispanoamericano. La primera edición de las poesías de Heredia fue gestionada por el presbítero cubano, en 1825, en la casa editora Behr y Kahl, de esa ciudad (Heredia, 1825: 4-10). El volumen, así como la novela histórica *Jiconténcatl*, fue elogiosamente reseñado por el poeta norteamericano William Cullen Bryant, quien tradujo al inglés, además, la *Oda al Niágara* (Moore, 1950: 41-46). Junto a su misión pastoral y su trabajo con la comunidad de inmigrantes irlandeses, Varela, a pesar del fracaso del Congreso de Panamá y de la persistencia del orden colonial en la isla, continuó editando y traduciendo textos republicanos. En 1826 tradujo el *Manual of Parliamentary Practice* de Thomas Jefferson, y entre 1828 y 1831 emprendió, con su discípulo y amigo José

Antonio Saco, también exiliado en Nueva York, la edición de *El Mensajero Semanal*, otra publicación que, aunque crítica del régimen colonial español, se acercaba más a una posición reformista que separatista (Jefferson, 1826; Hernández Travieso, 1949: 140-173).

Para inicios de la década del treinta, casi todos los exiliados, menos los cubanos, se habían repatriado, involucrándose fuertemente en la vida pública de sus países. Mier fue diputado por Nuevo León al Congreso Constituyente de 1823-1824, donde defendió una fórmula intermedia entre el federalismo norteamericano y el centralismo bolivariano. Vidaurre llegó a ser presidente de la Corte Suprema del Perú y, tal vez, el escritor político más reconocido de su época. Roca fuerte fue gobernador de Guayaquil y presidente de Ecuador, entre 1835 y 1839. En sus memorias, escritas al final de una carrera política de medio siglo, evocó con nostalgia los años de Filadelfia: “en aquella feliz época todos los americanos nos tratábamos con la mayor fraternidad; todos éramos amigos, paisanos y aliados en la causa común de la independencia; no existían esas diferencias de peruano, chileno, boliviano, ecuatoriano o granadino que tanto han contribuido a debilitar la fuerza de nuestras mutuas simpatías” (Roca fuerte, 1947). Y agregaba:

El destino de América era seguir la tendencia democrática del siglo y ser republicana; nos importaba uniformar el sistema gubernativo en todo el continente, para formar entre todas las nuevas naciones independientes una comunidad de principios, de intereses, de paz, de orden, de economía y de prosperidad (Roca fuerte, 1947).

Roca fuerte era consciente de que aquel americanismo errante llegaba a su fin y de que los hispanoamericanos debían reconciliarse con sus patrias chicas. Él mismo, que había sido un ferviente defensor de los federalismos y las inmigraciones, que había colaborado con los gobiernos de Colombia y México, con Bolívar y Victoria, regresó a Guayaquil y a Quito a hacer política en nombre del “sentimiento patriótico” y contra los “usurpadores” colombianos, que “apoyados en las bayonetas de sus mercenarios jenízaros, convertían en patrimonio el país de su nacimiento” (Roca fuerte, 1947: 45). El sueño bolivariano —que en Filadelfia había experimentado,

tal vez, su mayor desarrollo intelectual—llegaba a su fin y las realidades nacionales de Hispanoamérica imponían su conflictiva presencia.

Bibliografía

- Aguilar, José Antonio (2001). *El manto liberal*. México: UNAM / Instituto de Investigaciones Jurídicas.
- Aguilar, José Antonio y Rafael Rojas (Coords.) (2002). *El republicanismo en Hispanoamérica*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Appleby, Joyce (1992). *Liberalism and Republicanism in the Historical Imagination*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Bitrán Goren, Yael (1992). “Servando Teresa de Mier en los Estados Unidos; la cristalización del republicano”. Tesis de Licenciatura. México: UNAM.
- Blanco White, José (1822 /1972). *Cartas de España*. Madrid: Alianza Editorial.
- Bowen, Daniel (1839). *A History of Philadelphia: With a Notice of Villages in the Vicinity, designed as Guide to Citizens and Stranger*. Filadelfia: D. Bowen.
- Bowman, Charles H. Jr. (1968). “The Activities of Manuel Torres as Purchasing Agent, 1820-1821”. En *The Hispanic American Historical Review*, 48 (2): 234-246.
- Breña, Roberto (2006). *El primer liberalismo español y los procesos de emancipación de América, 1808-1824*. México: El Colegio de México.
- Commager, Henry Steele (1977). *The Empire of Reason: How Europe Imagined and America Realized the Enlightenment*. Garden City, Nueva York: Anchor Press / Doubleday.
- Connelley, Owen (1968). *The Gentle Bonaparte*. New York: Macmillan.
- Constitution of the Franklin Society* (1792). Philadelphia: Stewart and Cochran.
- Domínguez Michael, Christopher (2004). *Vida de Fray Servando*. México: Era.
- Espada, Obispo (1990). *Ilustración, reforma y antiesclavismo*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.

- Estévez, Felipe (1991). “La contribución social del padre Varela en Estados Unidos”. En Roberto Esquenazi-Mayo (Ed.), *El padre Varela. Pensador, sacerdote, patriota*. Washington, D.C.: Georgetown: 55-64.
- Fohlen, Claude (2000). *Benjamin Franklin: l'Américain des Lumières*. Paris: Payot.
- Fraire, Isabel (Ed.) (2004). *Pensadores norteamericanos del siglo XIX*. México: Siglo XXI.
- García de Sena, Manuel (1949). *La independencia de la Costa Firme justificada por Thomas Paine treinta años ha*. Caracas: Instituto Panamericano de Geografía e Historia.
- González Acosta, Alejandro (1997). *El enigma de Jicoténcal. Estudio de dos novelas sobre el héroe de Tlaxcala*. México: UNAM.
- Granados, Aimer y Carlos Marichal (2004). *Construcción de las identidades latinoamericanas. Ensayos de historia intelectual. Siglos XIX y XX*. México: El Colegio de México.
- Henry, Monica (2006). “Les premières publications révolutionnaires des exilés hispano-américains aux Etats-Unis”. En *Translantica. Revue d'Etudes Américaines*, núm. 2: 1-8.
- Heredia, José María (1825). *Poesías*. Nueva York: Librería de Behr y Kahl.
- (1939). *Antología herediana*. La Habana: El Siglo XX.
- Hernández Travieso, Antonio (1949). *El padre Varela. Biografía del forjador de la conciencia cubana*. La Habana: Jesús Montero.
- Hoffer, Peter Charles. (1983). *Revolution and Regeneration*. Athens, Georgia: The University of Georgia Press.
- Isaacson, Walter (2003). *Benjamin Franklin: An American Life*. Nueva York: Simon & Schuster.
- Jaksic, Iván (2007). *Ven conmigo a la España lejana*. México: FCE.
- Jefferson, Thomas (1826). *Manual de práctica parlamentaria para el uso del Senado de los Estados Unidos*. Nueva York: Newton.
- Kornfeld, Eve (2001). *Creating an American culture, 1775-1800: a brief history with documents*. Londres: Palgrave-Macmillan.
- Levasseur, A. (1829). *Lafayette in America in 1824 and 1825. Journal of a Voyage to United States*. Filadelfia: Crey and Lea.
- Loveman, Brian (1993). *The Constitution of Tyranny Regimes of Exception in Spanish America*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press.

- Manin, Bernard (2002). "Montesquieu, la República y el comercio". En José Antonio Aguilar y Rafael Rojas (Coords.), *El republicanismo en Hispanoamérica*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Marichal, Juan (1978). *Cuatro fases de la historia intelectual latinoamericana*. Madrid: Ediciones Cátedra.
- May, Henry F. (1976). *The Enlightenment in America*. Oxford: Oxford University Press.
- Mier, Fray Servando Teresa de (1821). *Memoria político-instructiva enviada desde Filadelfia, en agosto de 1821, a los gefes independientes del Anáhuac, llamado por los españoles Nueva España*. Filadelfia: J.F. Hurtel.
- (1985a). *Escritos inéditos*. México: INEHRM.
- (1985b). *Ideario político*. Caracas: Biblioteca de Ayacucho.
- Montesquieu (1987). *Del espíritu de las leyes*. Madrid: Tecnos.
- Morgan, Edmund S. (2006). *La invención del pueblo. El surgimiento de la soberanía popular en Inglaterra y Estados Unidos*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Moore, E.R. (1950). "José María Heredia in the United States and Mexico". En *Modern Language Notes*, 65 (1): 41-46.
- Myers, Jorge (2002). *Orden y virtud. El discurso republicano en el régimen rosista*. Buenos Aires: Universidad de Quilmes.
- Palti, Elías J. (2007). *El tiempo de la política. El siglo XIX reconsiderado*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Pastoral Reports of the Church of Epiphany (1840-1857)*. Filadelfia: William Stavelly.
- Peralta Ruiz, Víctor (2007). *Ilustración y lenguaje político en la crisis del mundo hispánico*. México: Nuevo Mundo /Mundos Nuevos.
- Pérez Bonany, Alfonso (1964). *Manuel L. de Vidaurre*. Lima: Biblioteca de Hombres del Perú.
- Remer, Rosalind (1996). *Printers and Men of Capital: Philadelphia Books in the New Republic*. Filadelfia: University of Pennsylvania Press.
- Rocafuerte, Vicente (1821). *Ideas necesarias a todo pueblo americano que quiera ser libre*. Filadelfia: Hunting.
- (1822). *Bosquejo ligerísimo de la Revolución de México desde el Grito de Iguala hasta la Proclamación de Iturbide*. Filadelfia: Imprenta de Teracoreuf y Naroajeb.

- (1947). *Un americano libre*. México: Secretaría de Educación Pública.
- (1962). *Las revoluciones de México*. México: Bibliófilos Mexicanos.
- Rodríguez, Jaime E. (2007). *El nacimiento de Hispanoamérica. Vicente Rocafuerte y el hispanoamericanismo*. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar.
- (2008). *Monarquía, constitución, independencia y república: la transición de Vicente Rocafuerte del antiguo al nuevo régimen, 1783-1832*. México: Instituto Mora /El Colegio de Michoacán.
- Roscio, Juan Germán (1996). *El triunfo de la libertad sobre el despotismo*. Caracas: Colección Biblioteca Ayacucho.
- Scharf, John Thomas (1884). *History of Philadelphia, 1609-1884*. Filadelfia: L. H. Everts & Co.
- Sepúlveda, Isidro (2005). *El sueño de la Madre Patria. Hispanoamericanismo y nacionalismo*. Madrid: Fundación Carolina / Centro de Estudios Hispánicos e Iberoamericanos.
- Tena Ramírez, Felipe (1964). *Leyes fundamentales de México. 1808-1964*. México: Editorial Porrúa.
- Torres, Manuel (1811a). *Dufief's Nature Displayed in Her Mode of Teaching Language to Man*. Philadelphia: T & G Palmer.
- (1811b). *La naturaleza descubierta en su modo de enseñar las lenguas a los hombres*. Philadelphia: T & G Palmer.
- (1816). *An Exposition of the Commerce of Spanish America with Some Observations Upon its Importance to the United States*. Filadelfia: T & G Palmer.
- Varela, Félix (1977). *Escritos políticos*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- (1991). *Obras*. La Habana: Editora Política.
- (1997). *El Habanero. Papel político, científico y literario*. Miami: Ediciones Universal.
- Vidaurre y Encalada, Manuel Lorenzo de (1823a). *Cartas americanas, políticas y morales que contienen muchas reflexiones sobre la guerra civil de las Américas*. Filadelfia: J.F. Hurtel.

- (1823b). *Plan del Perú. Defectos del gobierno español antiguo. Necesarias reformas. Obra escrita por el ciudadano Manuel de Vidaurre a principios del año 10 en Cádiz y hoy aumentada con interesantes notas.* Filadelfia: Juan Francisco Hurtel.
- (1972). *Los ideólogos.* Lima: Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia.
- Weigley, Russell F. (Ed.) (1982). *Philadelphia: A 300 Year History.* Nueva York: W.W. Norton.
- Wright, Louis B. (1957). *The Cultural Life of the American Colonies.* Nueva York: Harper and Row Publishers.
- Zavala, Lorenzo de (1963). *Viaje a Estados Unidos del Norte de América.* México: Bibliófilos Mexicanos.
- Zúñiga, Neptalí (1947). *Colección Rocafuerte.* Quito: Edición del Gobierno del Ecuador.